

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ORGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

IDEM.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

¿Y AHORA?

Nos hallamos en un momento de tregua: la nación espantada respira un instante al borde del abismo que no sin graves descalabros acaba de evitar y al rededor del cual continua girando. Ha venido antes de dos meses la *reaccion* pronosticada, no la definitiva ciertamente si es que la hay en las fluctuaciones continuas de los pueblos, sino la tan temida por las avanzadas del movimiento, á quienes ha herido tan duramente como si fuera general; y no por proceder de sus amigos de ayer, y tal vez de mañana, ha resultado menos sangrienta. Reaccionario para los republicanos lo mismo que para los conservadores es el gobierno, por mas que rechace el mote; reaccionario es el lenguaje, reaccionarias las medidas, reaccionario el impulso sean cuales fueren las intenciones: solo que esta calificación en boca de los primeros va unida á la de traidor, y no disipa respecto de los segundos la esquividad y desconfianza.

Lejos de nosotros todo sentimiento de ingratitude: hecho por miras de conveniencia propia ó de utilidad general, reconozcamos de cualquier modo el beneficio que se nos dispensa. Si el gobierno en la represion del levantamiento ha atendido mas á salvarse á sí que á salvar la sociedad, puede la sociedad congratularse del triunfo mas por sí que por el gobierno, y están recíprocamente pagados: débele accidentalmente un bien, ó mejor di-

cho, débele el remedio transitorio, incompleto y dolorosísimo de un mal que él mismo le ha inoculado, puede y hará muy bien en no fiarle la defensa permanente de sus intereses y la consolidacion del orden moral; pero en el sostenimiento del orden material no puede menos de ponerse de su parte, de ausiliarle con activo apoyo, de participar de la satisfaccion del resultado. El pesimismo es tan inmoral como aventurado; y por mas que repugne á los espíritus rectos y á los caracteres honrados la hipocresia y la inconsecuencia hasta en el error, nunca debe echarse en olvido, siempre que la eleccion esté en nuestra mano sin necesidad de cooperacion, el sabio proverbio que aconseja *del mal el menos*. De una suprema crisis y total desquiciamiento nace mas veces la muerte que la salud, y aun siendo propicio el desenlace, jamás se recobra esta instantáneamente, sino que por grados convalece y se afirma hasta volver á la plenitud de su robustez. Además, si entre las malas doctrinas prefiriéramos las mas francas y lógicas y los hechos mas conformes á ellas, y negásemos á sus adeptos la menor competencia en cohibirlas y aun el derecho de pararse en su camino, vendríamos por una pendiente fatal á hundirnos en el caos. Los partidos por ser violentos y estremados no son mas consecuentes con sus propios principios, y sobrado lo estamos viendo, cuanto mas exagerada libertad proclaman mas tiránico terror practican.

Sin recriminaciones pues por lo pasado, sin ponerle en contradicción con sus antecedentes y sus ideas, sin pedirle cuenta de los horribles conflictos que no cabe achacar á imprevision, ni de la sangre de los insurrectos preciosa al fin como de españoles, ni de la mas preciosa aun de los soldados, nada escatimamos al gobierno de la gloria que le corresponde, y le tributamos el debido voto de gracias. ¿Qué mas quiere? nos sometemos á su dictadura, y esos derechos *ilegislables* que apenas hemos saboreado se los dejamos gustosamente no ya *legislar*, sino arrebatárnoslos por completo, renunciando á su uso legítimo con tal de que otros no abusen, y poniendo á merced de una orden cualquiera nuestra libertad de imprimir, de asociarnos, de salir á la calle, de estar en casa. Esa misma paz tan llena de peligros y zozobras comprada tan caro y tan mal afianzada, la recibimos cual si fuera la mas segura y honrosa; pero cortada someramente la mala yerba que á vista de ojos sin cesar germina, preñadas aun las nubes al rededor del horizonte, intactas y de pié sin vislumbre de solucion, ni siquiera á medias, todas las colosales cuestiones que en medio de la solemne calma sobrevinida en pos de los combates se hacen todavía mas apremiantes y pavorosas: no acertamos á sofocar la inquietud sin preguntar á nuestros libertadores de lance: *¿y ahora?*

¿Y ahora, preguntamos segunda vez como trece meses hace despues de un triunfo alcanzado con bien distinta bandera y con medios bien diferentes, adónde nos llevais? qué uso vais á hacer de la gran fuerza que las armas, nobles y leales esta vez, nuevamente os han conferido? vais á encerraros todavía en esa misteriosa reserva que el déspota mas caprichoso no se permitiría con el mas abyecto de los pueblos, manteniéndole en tan cruel espectacion de sus destinos? vais á sumiros, perezosamente inertes, en el atolladero de que por milagro acabais de salir? vais á dejar subsistentes las causas que por imprescindible necesidad han de producir iguales efectos?

Son menester instituciones, no bastan para gobernar plebiscitos empujados por cualquier

viento de pasion ó de sorpresa; y las instituciones no basta consignarlas en el papel, sino darles existencia real y legitima personificación. No hay quien no vea en la incertidumbre de los iniciadores de la revolucion el origen de nuestros mayores males, y en la interinidad el medio de prolongarlos; ellos mismos lo reconocen, y sacudiendo la embriaguez de un poder que les enerva y cuyos mezquinos goces han ido alargando dia por dia, sienten la necesidad de llegar á un desenlace que se lo asegure ó se lo quite de una vez. Las circunstancias no admiten próroga por lo urgentes, ni excusa por lo favorables:

vencida y desacreditada por sus excesos yace á nombre de la monarquía la insurreccion republicana, pero á fin de que no se remueva necesita por losa el peso de un trono efectivo. ¿Y ahora? continuará la vacante? podrá empeñarse otra lucha sin que nuestros soldados tengan todavía á quien vitoréar? se ceñirá por fin de fiesta la diadema á un colegial ni mas ni menos que en público certámen? se aguardará á que concluya sus estudios, ó que se descubra otro mas aprovechado? tratárase en una palabra de matar bajo el peso del oprobio y del ridículo la monarquía, fabricando monarcas en vez de decapitarlos?

Acaban de mostrarse, por si alguien afectaba ignorarlos, los efectos de la propaganda subversiva; recógense los frutos de lo que á manos llenas se ha sembrado; de la teoría á la práctica, de calentar las cabezas á armar los brazos, se ha visto el trecho que media bien corto. ¿Y ahora? continuará reconocido el derecho al mal y al error? volverán á regir dentro de breve plazo, segun se ha ofrecido solemnemente, esas libertades absolutas, armas homicidas que acaban por hundirse en el seno del que las esgrime? á racionales y justas restricciones se preferirá por un fari-saico respeto á la letra esa perpétua alternativa de la licencia á la arbitrariedad, de la anarquía á los estados de sitio, de las bacanales á las matanzas y deportaciones? se dejarán aglomerar como hasta aquí las tempestades por el placer de conjurarlas? se tolerará que pasen los prosélitos á seides y de seides

¿a víctimas? se engordará inhumanamente la carne de cañón? Después de tan sangrientas jornadas no vemos todavía que tiemblen los agitadores; quien sigue temblando es la sociedad.

Las bases profundamente conmovidas del estado, de la familia, de la propiedad; la moral apartada de su regla y sanción divina y abandonada al criterio individual; la libertad de cultos empujada y cediendo su efímero imperio á la negación de todo culto; la tierra bajo cualquier concepto desprendida de Dios, cuya intervención se anula ó cuya existencia se niega con tan leve discrepancia como la que existe respecto del rey entre monárquico-demócratas y republicanos; han espantado á los buenos católicos, han escitado á los tibios, han alarmado á los mismos indiferentes, y es incalculable la repulsión que al espíritu público han comunicado contra unos trastornos que blasonaban de llevar á su último límite la impiedad y la blasfemia. De esta repulsión se han aprovechado no poco los gobernantes... ¿Y ahora, secundándola siquiera en beneficio propio, no habian de prestarse á reparar los agravios que á la Iglesia y á sus mismos principios liberales han irrogado? ¿De esta ruptura con los demagogos, cuyo vencimiento deben á la Providencia, no habia de datar al menos una marcha mas digna, mas justa, mas sensata, mas conforme á los religiosos sentimientos de la nación que rigen? ¿Es esta la ocasión de que el nuevo Breno eche á la balanza su espada para pesar las decisiones del concilio, negándoles ó concediéndoles entrada segun el quilate que en ellas encuentre de progreso y libertad? ¿Es esta la ocasión de que, disfrazando de economías el odio mas acerbo, se erija un ministro poco menos que en pontífice y reglamente al clero como si se tratara de empleados de consumos, sacrificando á esta enormidad hasta la union de los tres partidos frágil base de la situación?

¿Y ahora? como se reorganiza la hacienda, como se restablece el credito, como se saca de su parálisis al comercio y á la industria, como se encarrila la enseñanza, como se devuelve á la nación la seguridad, el reposo, el

orden moral en una palabra? Ahora, ahora se manifestará cual sea la misión providencial del gobierno de la regencia; si la de reparador de los males públicos siquiera los haya causado el mismo, ó la de pasagero azote de trastornadores mas terribles pero quizá no tan culpables, para ser á su vez azotado por estos ó por otros.

J. M. O.

DIA DE DIFUNTOS.

He aquí una fiesta severa á un tiempo y consoladora, abundante en todo género de sentimientos, fomentada así por la luz de la fé como por el blando calor de los mas tiernos afectos; una de aquellas fiestas que el cristianismo únicamente ha sabido instituir, generales en su objeto y celebracion, pero de tal modo aplicables á la situación y al carácter peculiar del individuo segun el aspecto bajo que se miran, que no parecen sino espresamente inventadas para cada fiel en particular. Así que no pudiera definirse si es un deber sagrado lo que se cumple, ó una necesidad del corazón la que se satisface; tal es la libertad en que á este se deja de desahogar, en medio del himno de dolor ó de gozo universal, sus propias voces y gemidos y los sentimientos individuales que le agitan. ¿Quereis humillaros y engrandeceros, temblar y esperar, llorar y consolaros, reunir en un mismo punto lo pasado y lo venidero, la vida y la muerte, el tiempo y la eternidad? Volved la vista á uno de esos trofeos de la muerte dominados por un Crucifijo, y humillaos ante aquel polvo, ante aquel cráneo hueco do se alojaba el pensamiento, ante aquellas órbitas vacías que tienen aun un mirar tan espresivo; engrandeceros ante el destino del alma, que en prision tan frágil y en tan corta peregrinacion supo merecer ó desmerecer tanto; esperad en el padre cuya sangre baña á sus hijos, y temblad ante el juez que levanta á los muertos de su ataud para que le respondan acerca de sus iniquidades; el Gólgota y el valle de Josafat están entre sí muy cerca. Meceos en los recuerdos de lo pasado, llorad sobre lo presente, leed en los destinos futuros, y orad, orad sobre todo, porque la oracion es la única espresion verdadera y fecunda de estos sentimientos, la única que puede hacerlos llegar hasta Dios y hasta los difuntos objetos de nuestro cariño.

Si no se hubiera abusado tanto en estos tiempos de un falso sentimentalismo religioso, que las doctrinas y los ejemplos desmienten á cada paso, hablaríamos del fúnebre y solemne aspecto que presentan en este día los templos con los altares tapiados de negro é iluminados por blandones amarillos, y con el símbolo de nuestra fragilidad y el de nuestra esperanza reproducidos en todas partes; y contempláramos la ferviente piedad é incesante concurso de fieles que se arremolinan en derredor de una sepultura para oír el responso del sacerdote, ó fijos en un mismo punto y humedecidos tal vez sus ojos con el recuerdo de un padre, de un hijo ó de un esposo, ven sucederse una vez y otra el santo sacrificio, olvidados al parecer por hoy de sus necesidades y ocupaciones materiales. Excepciones desconsoladoras, observaciones áridas y malignas pretendieran deslucir nuestro poético cuadro, y tal vez se nos acusara de convertir la religion en mera poesía, tomando esta por sinónimo de ilusion. Convencidos de que los sentimientos no pueden probarse como los principios, dejamos aparte estas pruebas de hecho; pues creemos que la religion no sería menos santa aun cuando careciese de fieles, ni menos augustos sus misterios aun cuando les faltaran adoradores, así como no es el sol menos brillante porque se sequen las aguas que le reflejan.

Para juzgar de esta institucion en favor de los difuntos y comprender toda su belleza y profunda filosofía, es menester considerarla en sí misma tal como la consignó y transmitió la Iglesia en los cánones que la establecieron y en los cantos fúnebres que le ha consagrado. Si nos remontamos al origen de esta creencia sobre la utilidad de orar por los difuntos, arguyendo por la uniformidad con que se ha profesado en todas las épocas y en todos los pueblos, diremos que es consecuencia inmediata de la inmortalidad del alma, y como tal transmitida por la tradicion primitiva, ó escrita por el dedo de Dios en el corazon de todos los hombres. La inmortalidad perpetúa los afectos entre los vivos y los finados; y los afectos no pueden concebirse sino por algun mútuo comercio por misterioso que sea, por algun provecho y beneficio que podamos reportar á las personas amadas: la ternura y solicitud humana se duelen de estrellarse en el sepulcro. Los socorros y las honras que en cada pueblo se prestaban á los muertos, se diferenciaban segun era distinto el destino que á las almas se atribuía. Los que pensaban que los difuntos resucitaban con su misma vida mortal en los campos Eliseos, deponian manjares sobre su tumba, ó los alimentaban con el humo de

los sacrificios: los que creían en la trasmigracion pedían con holocaustos que el alma errante pasara á una mejor existencia, ó aplicaban á los labios del moribundo un cuerpo noble para que se trasegara á él su espíritu: los salvages con sus costumbres patriarcales creen ver cernerse sobre sus cabezas las almas de sus padres, y no se atreven á remover los huesos del sitio donde murieron, como si los huesos sintieran dejar su patria todavía: los judíos en fin, mas ilustrados por la revelacion, creían en las buenas obras y en las limosnas, y deponían sobre los sepulcros pan y vino, como Tobías, para que comieran la viuda y el huérfano, y oraran en cambio por el difunto. Y nótese que en todas las costumbres, por groseras que fuesen, habia algo siempre de misterioso, algo de superior al órden de los sentidos, pues los que veían los cuerpos disolverse dentro de la tumba é intactos sobre ella los alimentos, mal podrian creer que se sustentaran con estos ó que vivieran las almas dentro aquel nicho; pero sentían vagamente el contacto de los muertos con los vivos, y creían en una comunicacion sobrenatural y portentosa de que no sabían darse cuenta. Y era que un instinto natural, una tradicion primitiva luchaba con sus hábitos y costumbres degradadas; era que sus ojos carnales no podían ya descifrar aquel dogma escrito en el fondo de su alma con caracteres desconocidos.

Un hecho general en toda la antigüedad son los sacrificios ó expiaciones (*piacula*) por los difuntos. Ahora bien, el nombre de sacrificios envuelve en sí dos ideas: la de culpa en aquel por quien se hace, y la de clemencia ó *exorabilidad* en aquel á quien se dirige. He aquí en su germen el dogma cristiano; pero solo el cristianismo que reveló al mundo la teoría de la redencion y de las penas, que supo conciliar la clemencia con la justicia y el perdón con la expiacion, ha podido dar en una sola palabra la solucion de este misterio, para que no se abrieran á todos los crímenes las puertas del cielo, ni se cerraran á todas las oraciones: hablamos del purgatorio.

No es de este lugar entablar una discusion teológica sobre este interesantísimo dogma: basta á nuestro intento el hacer notar con cuánta naturalidad se desprende de los mas claros principios y de los sentimientos mas universales, y concilia las verdades todas: hástanos señalarlo como base y regla de las ideas acerca del destino de los difuntos y del provecho de las oraciones y sufragios, para no incurrir en una indiferencia atroz ó en la persuasion de una impotencia desconsoladora, ni tampoco en

una sensibilidad osada y mal entendida que creyera revocar los fallos del Eterno. Es imposible leer y mucho menos oír cantar con todos sus accesorios de luto y magestad el oficio de difuntos, concierto formado por los himnos de David y por los gemidos de Job, sin sentirse penetrados á un tiempo de ternura y de respeto, y sin exhalar también en alabanzas y suspiros. Este sublime oficio estaba formado ya á principios del siglo IX, pero solo se empleaba para sufragios particulares, hasta que á últimos del siglo X san Odilon abad de Cluni instituyó en todos los monasterios de su congregación la fiesta de la *Commemoracion de los difuntos* en 2 de noviembre, cuya devoción aprobada por los papas se extendió bien pronto por todo el Occidente. El concilio de Trento, confirmando el dogma de la utilidad de las oraciones y buenas obras en favor de los difuntos, santificó también la fiesta que lo recuerda. A la supuesta reforma, á esta hoz de hierro que con pretexto de podar el árbol cortó de él las mas bellas flores, pertenecía el negar aquel beneficio á los muertos y á los vivos aquel consuelo; los protestantes no oran por sus difuntos, no comprenden lo que comprendieron los paganos; y sin embargo, la iglesia anglicana, si no admite el purgatorio, admite las oraciones, y prefiere pasar por inconsecuente á privarse de tan dulce y santa costumbre. Este dogma, según la fina observación de Chateaubriand, es una compensación en cierto modo del pecado original, pues como en este se transmitió la culpa, se transmiten en el del purgatorio la expiación y las buenas obras.

Además de sus inmensos bienes espirituales y de la sublimidad de su objeto, la costumbre de rogar por los muertos despierta en nosotros un tierno recuerdo de nuestros padres y amigos, nos inspira respeto á sus últimas voluntades, contribuye á la unión de las familias, reuniendo los miembros dispersos en torno del sepulcro de su padre, y renovando en la memoria hechos y lecciones que interesan á su porvenir y á su felicidad. Este resultado, que apenas es ya sensible en las ciudades y capitales, donde se estinguen con la religión los sentimientos de humanidad y el espíritu de familia, subsiste todavía en todo su vigor en las aldeas y pueblos de las campiñas. Es tan dulce la facultad de aliviar á las personas amadas y de estender nuestros cuidados y celo mas allá del sepulcro, es tan grato poder utilizar las lágrimas que por ellos derramamos, tan sublime el poder que nos es dado á pesar de la muerte, y tanto el bien que podemos hacer á sus almas en comparación del poco que

logramos hacer á sus cuerpos en los cortos dias de su peregrinación, que no dudamos asegurar que esta creencia rara vez se olvida ó menosprecia, y que las tumbas siempre son los últimos altares que se abandonan. Y aun cuando la fé se estinguiera, puede decirse en este punto como en casi todos los que tienen su raíz en el corazón del hombre, que no desaparecería sino para que la superstición se presentara á llenar su vacío. Cuando las almas cesasen de implorar oraciones desde el fondo del purgatorio cristiano, reaparecerían los manes gentílicos para espantar los sueños de sus deudos, ó para responder acerca de los arcanos del destino, evocados desde su tumba; cuando cese la severa cruz de dominar los sepulcros, entonces se los cubrirá de guirnaldas y de flores, y á las oraciones y respósitos sucederán, como se va ensayando, los discursos y las elegias. Y entonces por digno cielo de aquel culto, ó se restablecerán los profanos Eliseos dando entrada en él á todos los crímenes y debilidades siempre que las corone una pequeña auréola de gloria; ó apagando la luz divina que alumbra los espacios, se imaginará tan solo una espúrea inmortalidad, la inmortalidad del caos, en que las almas vaguen desalentadas sin Dios y sin mas compañía que el lejano eco de los elogios y suspiros de acá abajo.

2 de noviembre de 1844. J. M. Q.

CARTAS DEL GENERAL DE CARMELITAS DESCALZOS

AL P. JACINTO (*).

Roma 22 de julio de 1869.

Reverendo P. Jacinto, definidor.

He recibido vuestra carta del 9 del corriente y poco después el discurso que habeis pronunciado en el congreso de la *Liga de la Paz*. Por fortuna no he encontrado en ese discurso el lenguaje heterodoxo que se os atribuía, pero es preciso confesar sin embargo que hay en él proposiciones vagas que se prestan á lamentables interpretaciones, y que semejante discusión no sienta muy bien á un religioso.

Ya sabeis, reverendo padre y querido amigo, cuán grande es el interés que siempre os he demostrado. Desde el principio de vuestras predicaciones en Nuestra Señora de Paris os he exhortado vivamente á que no os mezclarais en las cuestiones suscitadas entre los católicos y tocante á las cuales no todos estaban de acuerdo; pues desde el momento en que os inclinaraís ostensiblemente en favor de los unos, nuestro ministerio se hacia mas ó menos infructuoso para los otros.

(*) La primera de estas cartas es la que dió ocasion á la tristemente célebre del malogrado orador en 20 de setiembre, de la cual es continuación la segunda que publicamos.

Ahora bien, es indudable que no habeis tenido en cuenta los consejos de vuestro padre y de vuestro superior, pues que el año último dirigisteis una carta a un club de Paris, en la cual dejabais traslucir claramente vuestra opinion en favor de un partido no muy sensato y opuesto a los principios del Padre Santo, del emperador y del clero en general. Esto me alarmó y conmigo alarmóse tambien el clero francés.

Os escribí en el acto para haceros ver la falsa senda en que acababais de entrar a fin de conteneros, pero en vano, como que al cabo de algunos meses autorizasteis a una revista periódica de Genova para que publicase otra carta que á vos y á mí nos ha acarreado grandes disgustos.

Por último, durante vuestra última estancia en Roma os he dirigido serias observaciones y hasta reconvenciones algo fuertes tocante á la falsa posicion en que vuestra imprudencia os habia colocado, y apenas llegado á Paris habeis hecho publicar por vuestra propia autoridad una carta que ha disgustado hasta á vuestros amigos.

Ultimamente vuestra presencia en el congreso de la *Liga de la Paz* y el discurso en él pronunciado han producido un grande escándalo en toda la Europa católica, igual al que hará unos seis años produjo otro discurso vuestro pronunciado en una reunion en Paris. Y á no dudarlo habeis dado pretexto á recriminaciones con algunas frases oscuras, atrevidas y de ninguna manera prudentes.

Hasta ahora he hecho todo cuanto ha estado en mi mano para defenderos y salvaros. Hoy es preciso que yo piense en los intereses y en el honor de nuestra santa orden que comprometeis sin quererlo.

El 19 de noviembre de 1868 me escribais desde Paris: «Evito mezclar en esta clase de cosas el convento de Paris y la orden del Carmen.» Permitidme deciros pues, querido padre, que esto es una ilusion. Vos sois religioso y estais ligado por solemnes votos á vuestros superiores. Nosotros hemos de responder de vos ante Dios y ante los hombres, y por lo tanto hemos de tomar providencias respecto de vos como tocante á los demás religiosos, cuando vuestro modo de obrar puede ocasionar perjuicios á vuestra alma y á vuestra santa orden.

Ya en Francia, en Bélgica y aquí mismo algunos obispos, el clero y los fieles increpan á los superiores de nuestra orden porque no adoptan ciertas disposiciones respecto de vos, y de ahí deducen que en nuestra congregacion no hay autoridad ninguna ó que la autoridad participa de vuestras opiniones y de vuestro modo de proceder.

No me arrepiento por cierto del comportamiento que hasta ahora he observado respecto de vos; pero las cosas han llegado ya á tal punto, que yo comprometeria mi conciencia y la orden entera, si no adoptase disposiciones mas eficaces que las que he tomado hasta aquí.

Considerad pues, querido y reverendo padre, que sois un religioso, que habeis hecho votos solemnes, y que por el deber de la obediencia estais ligado á vuestros superiores regulares con un lazo mucho mas fuerte que el que une al mero sacerdote con su obispo. No puedo pues tolerar que continueis comprometiendo á la orden entera con vuestros discursos ó con vuestros escritos, como tampoco puedo tolerar por mas tiempo que nuestro sagrado hábito se muestre en reuniones que no se hallan en armonia con nuestra profesion de carmelitas descalzos.

Así pues en interés de vuestra alma y de nuestra santa orden, os ordeno formalmente por la presente que no hagais imprimir en adelante cartas ni discursos, ni tomeis la palabra fuera de las iglesias, ni os presenteis en las cámaras, ni intervengais en la *Liga de la Paz* como en ninguna otra reunion que no tenga un objeto exclusivamente católico y religioso. Espero que obedecereis con docilidad y hasta con amor.

Permitid ahora que os hable con el corazon en la mano como un padre á su hijo. Os veo lanzado en una senda muy peligrosa que á pesar de vuestras presentes intenciones podria conducirnos á donde os pesaria el llegar.

Deteneos pues, mi querido hijo, oíd la voz de vuestro padre y de vuestro amigo que os habla con el corazon desgarrado por el dolor. Para esto hareis bien en retiraros á un convento de la provincia de Avignon, ya para descansar, ya tambien para hacer los ejercicios espirituales de que el año pasado os dispensé por razon de vuestras ocupaciones. Meditad en el retiro las grandes verdades de la religion, no para predicarlas, sino para aprovechamiento de vuestra alma. Con corazon contrito y humillado pedid al cielo que os ilumine. Rogad á la santísima Virgen, á nuestro padre san José, y á nuestra seráfica madre santa Teresa.

Un padre puede verdaderamente dirigir estas palabras á su hijo aunque sea este un grande orador.

Es esta una cuestion muy grave para vos y para todos nosotros.

Ruego á Dios que se digne otorgaros sus luces y sus gracias, me recomiendo á vuestras oraciones os doy mi bendicion, y soy de V. R. el muy humilde servidor,

FR. DOMINGO DE SAN JOSÉ, *preposito general.*

Roma 26 de setiembre de 1869.

Al reverendo padre Jacinto, *definidor.*

Reverendo padre:

Hasta ayer, 25 de setiembre, no llegó á mis manos vuestra carta de fecha del 20 del corriente. Ya podéis figuraros hasta que punto me ha afligido y de cuanta amargura ha llenado mi alma. Muy lejos estaba de esperar de vos una caída tan profunda. Así pues mi corazon está traspasado de dolor, y en la inmensa compasion que me inspirais elevó mis humildes súplicas á Dios misericordioso para que los ilumine y os haga salir de la senda deplorable y fatal en que habeis entrado.

Es muy cierto, reverendo padre, que desde hace cinco años, á pesar de mis opiniones personales en general contrarias á las vuestras sobre muchas cuestiones religiosas, como os lo he manifestado mas de una vez, y á pesar de los avisos que os he dado en repetidas ocasiones relativamente á vuestras predicaciones, y de los cuales, si se exceptua vuestra permanencia durante la cuaresma en Roma, habeis hecho muy poco caso, mientras no os habeis salido abiertamente de los límites impuestos por la prudencia cristiana á un sacerdote y en especial á un religioso, os he dado constantemente pruebas de aprecio y de amistad y os he alentado en vuestras predicaciones. Pero si esto es cierto, lo es tambien que desde el momento en que advertí que empezabais á traspasar esos limi-

tes, debí empezar por mi parte á expresar mis temores y manifestaros mi descontento.

Debeis recordar, reverendo padre, que así lo hice especialmente el año último, en el mes de octubre cuando estuve en Francia, con motivo de la carta que dirigisteis á un club de Paris. Entonces os manifesté cuanto me disgustaba aquella carta.

Las cartas que publicasteis en Italia me fueron igualmente muy penosas, y os atrajeron tambien las censuras y observaciones que os hice en vuestro último viaje á Roma.

Finalmente, vuestra presencia y particularmente vuestro discurso en la *Liga de la Paz* pusieron el colmo á mis temores y á mi dolor, y me obligaron á escribiros la carta de 22 de julio último, en la cual os mandaba formalmente que en lo sucesivo no dierais al público ninguna carta ni discurso, que no tomarais la palabra fuera de las iglesias, y que os abstuvierais de presentaros en las cámaras y de tomar parte en la *Liga de la Paz* ó en otra reunion cualquiera cuyo objeto no fuera esclusivamente católico y religioso.

Mi prohibicion, como veis, no se dirigia en manera alguna á vuestras predicaciones en la sagrada cátedra. Por el contrario, deseaba que dedicaseis completamente y unicamente á esta cátedra de verdad vuestro talento y vuestra elocuencia.

He leído por lo tanto con penosa sorpresa en vuestra carta que con una palabra falseada por una consigna ó mutilada por reticencias no podéis volver á subir al pulpito de Nuestra Señora.

Debeis saber muy bien, Rdo. padre, que nunca os he prohibido predicar, ni os he dado nunca mandato alguno ó impuesto restricciones relativamente á vuestras predicaciones. Unicamente me he permitido daros algunos consejos y dirigiros algunas observaciones, especialmente acerca de vuestras últimas conferencias, como tenia derecho y deber en mi cualidad de superior. Teniais pues tan completa libertad para continuar vuestras predicaciones, ya en Paris ya en otra parte, como en los años anteriores antes de mi carta de 22 de julio último, y si habeis renunciado á volver á subir al pulpito de Nuestra Señora de Paris, ha sido voluntariamente y no en virtud de medidas que hubiera tomado respecto de vos.

Vuestra carta del 20 del corriente me anuncia que os alejais de nuestro convento de Paris. Los periódicos y cartas particulares me hacen saber en efecto que habiais salido de vuestro convento y dejado el hábito religioso sin ninguna autorizacion eclesiástica. Si eso fuera desgraciadamente cierto, os haria observar, Rdo. padre, que no debeis ignorar que el religioso que deja su convento y el hábito de su orden sin permiso regular de la autoridad competente es considerado como un apostata, que incurre por consiguiente en las penas canónicas mencionadas en cap. *Periculoso*.

Dichas penas, como sabeis, son la excomunion mayor *latae sententiae*, y segun vuestras constituciones confirmadas por la santa sede, part. 3. cap. 35. num. 12, los que se salen de la congregacion sin autorizacion incurren en la excomunion mayor *ipso facto* y en la nota de infamia. *Qui á congregatione recedat, præter apostasiam, ipso facto excommunicationem et infamiam notam incurrunt.*

En mi cualidad de superior vuestro y á fin de obede-

cer las prescripciones de los decretos apostólicos que mandan hasta emplear las censuras para atraeros á la orden que tan deplorablemente habeis abandonado, me veo en la necesidad de ordenaros que volvais al convento de Paris en el término de diez dias desde que recibais la presente carta, advirtiéndos que si no obedecis esta prescripcion en el plazo fijado seis privado canónicamente de todos los cargos que ejerceis en la orden de los carmelitas descalzos, y continuareis viviendo bajo las censuras establecidas por el derecho comun y por nuestras constituciones.

Quiera Dios, Rdo. padre, que escucheis nuestra voz y el grito de vuestra conciencia, que podais volver en vos pronto y formalmente, ver la profundidad de la caída que habeis dado y por una heroica resolucion levantaros generosamente, reparar el gran escándalo que habeis causado y consolar así á la Iglesia vuestra madre que tanto habeis afligido. Este es el deseo, mas verdadero y ardiente de mi corazón, y esto es lo que vuestros hermanos y yo vuestro padre pedimos con todo el fervor de nuestras almas á Dios todopoderoso, á Dios tan fecundo en misericordia y bondad.

FR. DOMINGO DE SAN JOSÉ, general de la orden de los carmelitas descalzos.

CRÓNICA.

Entre tanta calumnia con que se pretende mancillar la honra del clero católico, los heroicos hechos de muchos obispos y sacerdotes hacen callar y aun prorrumpir en alabanzas á las lenguas maldicientes. Ya es el venerable obispo de Jaen, vendiendo su coche para socorro de los pobres; ya los obispos y clero de las provincias de Castilla imponiéndose grandes privaciones para aliviar la suerte de los labradores privados de cosecha; ya un sacerdote de Valencia salvando de muerte cierta á varias personas que luchaban con las olas del mar; ya el obispo de Cádiz evitando con su celo y caridad la efusion de sangre, é intercediendo luego por los acusados; ya el arzobispo de Zaragoza conduciéndose de la misma noble y evangélica manera en los recientes sucesos de aquella ciudad; en donde quiera que hay infortunios que aliviar, sacrificios que hacer, virtudes que practicar, allí están los sacerdotes, allí están todos los que forman parte de las instituciones nacidas del evangelio y de la caridad cristiana, dando ejemplo al mundo y enseñanzá á los hombres.

Hé aquí lo que dice un periódico liberal del señor arzobispo de Valencia: «Es digna de elogio por todos conceptos la conducta del señor arzobispo de Valencia durante los tristes acontecimientos que allí han tenido lugar.»

No ha dejado de intervenir y gestionar cuanto le era posible para evitar el sangriento conflicto, y una vez llevado á cabo este por los insensatos republicanos, se le vió muchas veces en las calles y en las barricadas, exhortándolos á la paz, formando comisiones con objeto de venir á una suspension de hostilidades y derramamiento de sangre.

Además de esto, el señor arzobispo ha visitado á los presos y heridos, prodigándoles con cariño verdaderamente paternal toda clase de consuelos. Las hermanas de la caridad han rayado como siempre en el heroismo, siendo como ángeles del cielo en los tristes sucesos de Valencia.

¡Benditas sean la fé y la religion que producen tales virtudes! En una carta que a *La Política* escriben desde Zaragoza, se hacen grandes elogios de la conducta observada por la comunidad de religiosas de Santa Lucía de aquella capital, con motivo de la encarnizada lucha allí sostenida. El locutorio del espresado convento se convirtió en hospital de sangre, y las religiosas cuidaron de los heridos con particular esmero y solícito interés, desprendiéndose generosamente de todo cuanto poseían, que era bien poco, en favor de los mismos.

El día 19 fué á visitar á los heridos en el hospital militar el señor arzobispo de Valencia, el cual les exhortó á que perdonasen á sus hermanos y tuviesen valor en la cama para su curacion, como lo habían tenido en el combate.

Vamos á reseñar dos rasgos que retratan á lo vivo el espíritu eminentemente religioso del pueblo valenciano.

El tercer día de la insurreccion era domingo, y muchos vecinos de las partidas del Carmen acudieron á la parroquia de Santa Cruz á oír misa, y como encontrasen la puerta cerrada y se les dijese que la iglesia estaba ocupada por los voluntarios, acudieron á los jefes de las barricadas á hacerles saber su deseo de cumplir con el precepto dominical.

Inmediatamente un jefe se llegó al templo, hizo abrir las puertas, se tocó á misa, y todos los sublevados á porfia pretendían acompañar á los sacerdotes y á las señoras desde sus casas á la iglesia y vice-versa. El templo estuvo lleno toda la mañana: varios sacerdotes acudieron á celebrar el santo sacrificio, y muchísimos republicanos se apiñaban á la entrada para asistir á él.

Téngase en cuenta que aquella mañana estaban batiéndose no muy lejos de allí, pues habia fuego en la calle de Murviedro por una parte, y por el Seminario é iglesia del Salvador. Despues que se dijo la primer misa en Santa Cruz, se abrieron tambien San Bartolomé, San Miguel y no sabemos si San Juan, acudiendo á todos gran multitud de fieles.

El otro fué el siguiente: en la tarde del 13, saben nuestros lectores que nuestro Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo salió formando parte de una comision que se presentó al escelen-tísimo Sr. Capitan general. Durante el tránsito, que recorrió muchísimas calles, todos los sublevados, jefes é individuos valencianos y forasteros, todos bajaban las bocas de los fusiles y se descubrian é inclinaban la cabeza para recibir sus bendiciones, aclamándole y victoreándole á su paso. Al atravesar alguna barricada donde se estaba haciendo fuego, como le pareciese á uno de los voluntarios que la tropa que dirigia sus disparos hácia aquella parte no hubiese oído el toque de corneta de alto el fuego, saltó la barricada y adelantándose con grave riesgo hácia el enemigo, gritó hasta que se hizo oír: «No disparar, que está aquí el arzobispo.»

Reconocemos en estos dos rasgos al verdadero pueblo valenciano.

Sabido es que de un año á esta parte la tiranía revolucionaria habia prohibido en Tortosa todo acto exterior del culto católico, sin que el gobernador de la provincia ni el gobierno supremo se hubiesen determinado nunca á librar á los religiosos tortosinos del yugo insoportable que les impusiera un ayuntamiento impío. Pues bien, lo que el gobernador y el gobierno no han querido hacer en un año, acaba

de llevarlo á cabo en cuatro dias la autoridad militar representada por el Sr. D. Benito Ferrer, quien con gran regocijo de aquel religioso vecindario, dirigió el día 11 del corriente un atento oficio al reverendo prelado levantando la prohibicion del ejercicio del culto esterno.

La noticia se supo con general satisfaccion, y á las pocas horas supose tambien que un pobre jornalero que se hallaba gravemente enfermo habia pedido que se le administrara el Viático. Con este motivo un gentío inmenso se dirigió inmediatamente á la catedral, donde se hallaban ya el clero y los señores canónigos, y todos juntos con gran pompa y devocion se encaminaron á la casa del enfermo. Las calles por donde debia pasar S. D. M. estaban llenas de gente, todos los balcones se iluminaron enseguida, la procesion se componia de 500 personas, sin contar el clero y canónigos, y volvió á la iglesia con el mayor orden y compostura. Este hecho ha sido todo un acontecimiento, una fiesta que se ha celebrado como la mas grata, con el mayor entusiasmo, y que ha producido deliciosas impresiones en todos los vecinos.»

Leemos en una correspondencia de Viena de 16 del actual: La próxima apertura del concilio ecuménico preocupa vivamente los ánimos. Hace unos quince dias que la prensa masónica y judía del imperio hace fuego por los cuatro frentes contra el futuro sínodo que Pio IX ha convocado en el Vaticano. Y lo mas singular es que estos seudo-liberales que apenas hace tres meses exaltaban con entusiasmo las ventajas de la separacion de la Iglesia y del estado, están huroneando actualmente en el arsenal de las leyes josefistas para encontrar textos que autoricen al estado á prohibir á los obispos que vayan á Roma sin su autorizacion. ¡Magnífico liberalismo en verdad el de los *reitres* y *lansquets* del doctrinarismo austriaco! Pero el buen sentido y la equidad destruirán las argucias inventadas aquí contra el concilio y los obispos, y á pesar de los secretos deseos que pudieran abrigar los ministros Herbert y Hasner de impedirles que vayan á Roma, el gobierno de Viena no se atreverá á poner obstáculos á su libertad.

Y en efecto, algunos de ellos están ya en camino de la ciudad eterna, entre otros Mons. Haynard, arzobispo de Kalocza (Hungria). Me fijo con gusto en este nombre porque es el del Dupanloup húngaro. Mons. Haynard uné á una ciencia profunda un conocimiento inteligente y prudentemente liberal de las necesidades de la sociedad moderna. Su carácter y sus ideas son muy apreciadas en Roma, y es indudable que ejercerá una poderosa influencia en las decisiones del concilio. Cuando hace cuatro años se solemnizó la canonizacion de los mártires de Gorcum, fué quien redactó en nombre de los quinientos obispos reunidos en Roma aquella magnífica esposicion del episcopado á Pio IX de que han conservado tan consolador recuerdo todos los buenos católicos.

Me han asegurado que se está traduciendo aquí al aleman el notable trabajo que ha publicado en su última entrega la revista francesa el *Correspondant*. Como V. no ignora, este artículo versa sobre el concilio, y aunque no está firmado, todo me induce á creer que se debe á la elegante pluma del príncipe de Broglie. Uno de nuestros mas eminentes prelados decia ayer hablando de este artículo: «Hé aquí la verdad, hé aquí la verdadera y cristiana manera de considerar el concilio y sus resultados probables. El concilio, añadia, no inventará nada, sino que *restaurará* teniendo los ojos fijos en la sociedad presente, y por esta razon me pongo al lado de los admirables escritos del *Correspondant* para aclamar y saludar con la mas completa y absoluta confianza las decisiones que saldrán de la memorable asamblea del Vaticano.»